

Divagaciones en torno a la lingüística de nuestra época

Por Juan M. LOPE BLANCH

"La lingüística es el estudio científico del lenguaje humano. Un estudio es científico cuando se basa en la observación de los hechos y se abstiene de establecer una selección entre esos hechos invocando ciertos principios estéticos y morales. Así pues, científico se opone a prescriptivo. En el caso de la lingüística, es particularmente importante insistir en el carácter científico y no prescriptivo del estudio... La historia nos muestra que, hasta hace muy poco, la mayoría de los que se ocupaban del lenguaje o de las lenguas lo hacía con fines prescriptivos... Pero el lingüista contemporáneo debe limitarse a observar los hechos, a registrarlos y a explicarlos dentro del marco en que aparezcan. No rebasará sus atribuciones si consigna las protestas o las burlas de unos y la indiferencia de otros (ante ciertas "impropiedades" expresivas); pero deberá abstenerse, por su parte, de tomar partido."

Estos conceptos, que pertenecen a uno de los lingüistas más autorizados y conocidos de nuestro tiempo,¹ reflejan claramente uno de los principios fundamentales —indiscutido e indiscutible— de la lingüística moderna. El gramático "científico" contemporáneo debe describir, no prescribir. Frente a la actitud asumida por la gramática académica durante tantos años —actitud normativa, purificadora—, la gramática actual debe abandonar toda orientación jurídica y debe limitarse a estudiar los hechos del lenguaje, respondan éstos o no a lo que podría considerarse "lógico" o "debido". El ambicioso lema académico —"limpia, fija y da esplendor"— debe ser completamente olvidado y aun sacrificado en aras de la verdadera ciencia. Objeto de burlas y censuras desde hace ya bastante tiempo —recordemos, por ejemplo, con cuánto desdén se expresaba Unamuno del "limpiafijaydaesplendorico" propósito académico—, debe ser hoy ignorado, por anacrónico, por inoperante y, sobre todo, por "anticientífico".

Ahora bien —cabría preguntarse— ¿no correremos el peligro de incurrir en extremosidades tan perjudiciales como las que censuramos en la Academia debido a su salomónica actitud? ¿No resultará igualmente dogmático —si no es que más— afirmar que científico se opone a prescriptivo? ¿Qué nos permite sentenciar que el lingüista debe abstenerse de juzgar los hechos del lenguaje?

Por supuesto que esas rígidas prescripciones citadas no son fruto de la voluntad libre y personal del profesor Martinet. Son reflejo del pensar y del sentir de la mayoría —si no de la totalidad— de los lingüistas contemporáneos. Y naturalmente que esta común opinión de los gramáticos actuales es, a su vez, reflejo de un modo de pensar más amplio, más absoluto: de lo que suele llamarse "las ideas de la época". La nuestra es la época de las masas, la era de la democracia. Los vientos que hoy prevalecen obligan a democratizar todo... hasta el lenguaje y hasta la gramática. De acuerdo con este "espíritu de nuestro tiempo", ¿quién se atrevería a oponerse a los dictados de la lengua popular? ¿En qué principio vigente podría apoyarse quien tratara de escribir una gramática en la que se censurasen usos y formas democráticamente —mayoritariamente— incrustados en el lenguaje? Y aunque surgiera un héroe o un loco dispuesto a ello, de nada serviría su atrevimiento. Porque —y éste parece ser otro de los principios de la lingüística contemporánea— cuando en una lengua se inicia el proceso de algún cambio, alteración o innovación, de nada sirven ni nada pueden las admoniciones o protestas de los gramáticos.

Todo lo cual me parece muy discutible. Ni la evolución lingüística es siempre incontenible y avasalladora, ni la actitud purista de los académicos es tan inútil y risible como parece. No es idéntica la evolución de una lengua libre de toda norma culta, a la de un idioma sujeto a modelos literarios y a trabas culturales. No se producen con igual rapidez los cambios en el seno de un habla carente de reacción, como en el interior de una lengua gobernada por el buen gusto, el cultivo literario y el ideal de cultura.

Aunque lo estrictamente "científico" en el terreno lingüístico

fuera, como hoy se pretende, la simple descripción y explicación sistemática de los hechos del habla, no por eso el hombre debería renunciar a uno de los principios —superiores— que más ha contribuido al desarrollo y progreso de la humanidad: el afán de selección, el ansia de superación. Aunque el gramático deba consignar en sus estudios todos los fenómenos lingüísticos que observe en el idioma, no por ello tendrá que ocultar su propia opinión —su propio sentimiento—, acatando ciegamente, con marcial disciplina, una prohibición impuesta dogmáticamente por la "ciencia"... actual. (Grave error es éste de considerar "científico" sólo lo que se practica en la propia época.)

Cierto que no resultaba muy científica, en verdad, la actitud de ciertas gramáticas antiguas, de corte académico, que ignoraban olímpicamente todo hecho del lenguaje que tuviera aspecto irregular, vulgar o ilógico. Sería como si un médico ignorase la presencia de un tumor en el organismo de su paciente, por ser cosa indebida, innecesaria o perjudicial. Pero, en cierto sentido, tampoco sería concebible que ese médico aceptase la



"¿Qui húbole, mano?"

¹ El profesor francés André Martinet, en el capítulo inicial de su libro *Éléments de linguistique générale*, Paris, 1960.

presencia del tumor con una actitud absolutamente imparcial e inoperante, por el hecho de que el tumor fuera tan real y objetivo como el resto del organismo del paciente.

Claro que un gramático no es un médico, ni la lengua un organismo vivo. Sirva el símil únicamente para explicar que la *actitud* de un científico puede —y debe— ser distinta ante los distintos hechos que constituyen el objeto de su ciencia. No soy de la opinión de quienes sentencian que el gramático *debe* ser un simple relator de la realidad lingüística; creo que, además, *puede ser un crítico o consejero*, como especialista en su propia ciencia. Los conceptos del profesor Martinet reflejan, *moderadamente*, el sentir de nuestra época. Porque la verdad es que abundan los lingüistas que defienden una posición mucho más extremosa y dogmática que la reflejada por las relativamente mesuradas palabras de André Martinet. No hace mucho conversaba con un profesor norteamericano, buen amigo y alto hispanista, sobre estos temas. Según él —representante de las corrientes actuales— no cabe hacer distingos, en la enseñanza de lenguas, entre las formas expresivas propias de las diversas clases socioculturales de un complejo lingüístico. Lo que el profesor de lingüística moderno debe enseñar es, fundamentalmente, lo que use la mayoría de los hablantes. De manera que —en opinión de este colega— el saludo que debería enseñarse al estudiante norteamericano de español que pretenda viajar a México sería *¿Qui húbole?*, por cuanto que ésta es la fórmula de saludo más común, numéricamente, en el habla mexicana.

No puedo, naturalmente, coincidir con esa opinión. Existe, en todo hablante, un ideal de lengua, una conciencia de habla superior, a la que en toda ocasión formal tratará de adaptarse. Creo que al gramático corresponde, también, fomentar ese ideal expresivo, orientando y guiando al hablante medio hacia él.

Que la labor de la Academia Española de la Lengua no haya sido, en este sentido, muy fructífera (cosa, por otro lado, bastante discutible), no significa que la postura académica sea necesariamente equivocada o inútil. Una cosa son los resultados, los frutos tangibles, y otra muy distinta el espíritu que impulsa y mueve a los hombres. Y no puedo dejar de reconocer que el espíritu académico —con todas sus incongruencias, con todas sus limitaciones— me parece sumamente beneficioso, siquiera por representar ese afán de selección y de superación a que tanto debe la especie humana.

No creo que ningún gramático deba —ni pueda siquiera— situar en un mismo nivel y aceptar con idéntica actitud expresiones como “*¿Qui húbole, mano?*” y “*¿Cómo está usted?*”; ni “*Me cae de la patada*” frente a “*Me resulta profundamente antipático*”; ni mucho menos “*Son medias tontas*” frente a “*Son medio tontas*”. Ciertamente cuando un hecho del habla recibe el espaldarazo del uso común, cuando es acogido en el seno del habla general, tras pasar por el tamiz de la selección culta, de nada sirven las protestas puristas —por justificadas que sean— de los gramáticos y académicos. Pero no es menos cierto que la censura de los hablantes cultos, el repudio de los lingüistas, puede ser sumamente eficaz si se ejerce a tiempo, antes de que la innovación “corruptora” se extienda por todos los ámbitos del habla general.

No creo, en suma, que el lingüista “científico” deba cruzarse de brazos tranquilamente ante los hechos del idioma, limitándose a dar testimonio de las formas de toda índole que aparezcan en el habla. Creo que su obligación *puede ser*, también, la de ayudar a los hablantes en su afán de selección, de propiedad y de superación expresiva. No debe dejarse arrastrar hacia abajo por la masa inculta, sino que debe tratar de elevar el nivel cultural de esa masa de hablantes. Desgraciadamente no parece pensarse hoy así, en los dominios de la lingüística al menos. Consecuencia, tal vez, de los defectos o limitaciones del “espíritu de la época”. Fruto quizá, de uno de los males de la democracia... erróneamente entendida. De sus beneficios, por ser tantos y tan obvios, no vale la pena hablar aquí: están a la vista de todos. Pero acaso no fuera labor estéril esforzarse en mostrar sus peligros. Y uno de ellos —de los más importantes— puede ser la desventaja en que se hallan las minorías cultas ante la gran masa de cultura superficial o escasa. Es más probable —la experiencia así lo muestra— que la minoría selecta se deje arrastrar hacia abajo, sin siquiera advertirlo, atraída por el gigantesco imán de la mediocridad masiva, que conseguir que esa masa mediocre se eleve uniformemente a niveles superiores de refinamiento cultural, ya sea artístico, ya filosófico, ya simplemente lingüístico. Pero, por más que las ventajas estén naturalmente del lado de los muchos, no por ello deben los menos aceptar resignadamente esa situación. Su obligación es tratar de colaborar en el perfeccionamiento y superación de la sociedad humana. La democracia no debe concebirse

como la igualación vulgarizadora de todas las clases sociales, sino como la elevación en todos los aspectos, y en la medida de lo posible, de todos los individuos de la sociedad. Si la universidad contemporánea se democratiza rebajando sus niveles culturales para ponerlos al alcance de la mayoría, en vez de estimular las fuerzas de superación y el ansia de perfeccionamiento de la sociedad, habrá fracasado en sus objetivos. De igual manera, si la gramática moderna se democratiza mediante la aceptación ciega de todos los hechos lingüísticos mayoritarios, habrá traicionado uno de los ideales básicos de la humanidad. Su deber es —así lo creo— guiar a la masa de hablantes hacia niveles expresivos más altos, más puros, más cultos. Democratizar es educar a las masas, impulsarlas hacia su superación; pero no vulgarizar las minorías selectas, no mediocrizar los espíritus cultos. Que la tarea sea difícil, nadie lo duda. Pero las dificultades no arredraron nunca a los espíritus generosos, a los hombres que con su esfuerzo personal han contribuido durante siglos al mejoramiento cultural de la especie humana.

Otro principio lingüístico de casi general aceptación en nuestro tiempo es el que determina que el estudio de cualquier idioma debe hacerse atendiendo exclusivamente —o, al menos, básicamente— a la lengua hablada. La lengua literaria queda, así, poco menos que olvidada “del rincón, en el ángulo oscuro”. También este principio parece responder a las corrientes dominantes de nuestra época. Y, en su esencia, no es descabellado ni mucho menos. La gramática antigua (entendiendo por “antigua” todo lo que es anterior a nuestro progresista y dinámico siglo) se había basado siempre en la lengua literaria, escrita. Con ello se cercenaba una de las partes más importantes —tal vez la más importante— del complejo lingüístico. Esta absurda situación se ha superado, felizmente, en nuestro siglo. Pero la fuerza renovadora ha sido tal vez excesiva: los movimientos reformistas suelen ser —en lingüística como en cualquier otro aspecto del quehacer humano— tanto violentos, de manera que llegan a incurrir, por lo general en los mismos extremismos —aunque de signo contrario— en que había incurrido la situación combatida o derogada. Como el péndulo se pasa de un extremo al opuesto, violentamente, desequilibradamente. Así, en el caso del estudio de la lengua: ignorancia de la lengua hablada en beneficio de la expresión escrita primero; olvido de las formas literarias en favor de la comunicación hablada ahora. Cambio lógico, acorde con el espíritu de nuestro tiempo: es la lengua viva, la lengua del pueblo, el habla *real* de calles y plazas, la que el gramático debe tomar en consideración para explicar los hechos del idioma en su vital realidad. —De acuerdo, pero... ¿supone necesariamente esta realista y práctica actitud el abandono, el olvido de las formas literarias del lenguaje? ¿Deberá la lingüística “científica” dejar en manos de la estilística o de la crítica literaria el estudio y análisis de la lengua escrita? —¡De ningún modo! La expresión escrita, la lengua literaria forma también parte del complejo comunicativo que es cada idioma. Y parte fundamental, básica; si no cuantitativa o numéricamente, sí cualitativamente. Sí, por cuanto que es la forma de expresión en que se plasma ese afán de superación, ese ansia de selección que caracteriza al hombre. Sí, por cuanto que la lengua no es sólo un medio de comunicación, un procedimiento de entendimiento, sino también un vehículo de la revelación artística, un instrumento de creación poética. Una manera de hacer belleza.

Y también desde un punto de vista más estrictamente lingüístico puede justificarse la necesidad de mantener la lengua literaria en su antigua posición como objeto de estudio gramatical. En efecto: si la lingüística se interesa por conocer y estudiar el habla de un campesino —como muestra de un estado rural de la lengua— o el habla de una pequeña comunidad aislada —como modelo de un estado arcaizante del idioma— (y tal es el objeto de la dialectología), ¿cómo no habría de interesarse por conocer y analizar el *habla* mejor y más depurada de un individuo que —como en el caso del escritor— además de hablante, es creador y artista? Más interés debe ofrecer, inclusive al lingüista, esa habla refinada, selecta, elaborada, bella, que la espontánea, improvisada —aunque viva y ágil— del hombre de la calle o del rincón dialectal arcaizante. Que si la dialectología se ocupa del estudio del habla, también es *habla* la comunicación que nos trasmite el escritor en su obra. No olvidemos —aun manteniéndonos en la más estricta y técnica posición gramatical— que esa modalidad literaria contribuye en gran medida a establecer la *norma* lingüística por la que suele gobernarse la inmensa mayoría de los hablantes. Habla y escritura son dos facetas de una misma realidad, que se condicionan e influyen mutuamente. Atender a una cualquiera de las dos con olvido de la otra no será sino mutilar monstruosamente el complejo total que es el idioma.